

## JORNADA CAUSA CLÍNICA 2013

Título: “Hay que resolver el desfase”

Autora: Paula Capria

### Abstract:

En reiteradas oportunidades las escuelas se asumen portadoras de un saber sobre los sujetos. Saber total que obtura sentidos y violenta los modos singulares que cada niño logra armar en su proceso cuando el mismo no responde a los niveles de exigencia escolar.

Aquí se cuenta la experiencia con un nene de 6 años en un espacio de apoyo pedagógico. Santi, “desfasado” en su aprendizaje según la escuela, comienza a ceder en sus armados defensivos de la mano del lazo que se arma en nuestro trabajo. El desafío también pretende invitar a la escuela a abrir preguntas, a escuchar, a alojar, a repensar sus prácticas.

“Dejarse sorprender por lo singular supone dejar a un costado lo conocido, seguro y previsible para permitirse el encuentro con el otro, con lo desconocido, con lo que inquieta e interroga. Tolerar el no saber, cuando somos educadores que creemos “debemos poder”, no resulta una tarde sencilla (...)”

B. Bendersky

Este escrito tiene el propósito de invitar a la reflexión, en un intento de buscar caminos posibles, aquellos que se abren al desnaturalizar “etiquetas”. Estas frases, palabras, al ser deconstruidas en sus efectos, habilitan a tender una mano, a acompañar a un niño para que pueda construir un puente en lo simbólico que lo ubica como actor de su aprendizaje - como sujeto de deseo.

En tanto se corran discursos que coagulan sentidos, en tanto se intenten intervenciones posibles desde un equipo de trabajo, se apuesta al sujeto. Las mismas tendrán efecto si son gestadas en formatos que contemplen las singularidades; condiciones escolares para armar algo diferente, algo que no pretenda igualar. Una escuela que aloje.

Santi es un nene de 6 años que transita primer grado. Me contacta la mamá y me pide apoyo pedagógico. Manifiesta el descontento del padre de que el nene vaya a nuevos espacios, pero la disposición de ella para hacer lo que el colegio le pide. También asiste a la fonoaudióloga y a la psicopedagoga.

Es la escuela la que pide el apoyo extra porque está muy desfasado del resto del grupo. Como intervenciones posibles, propusieron reducirle la jornada de la tarde y poner así la energía en su aprendizaje; y dentro del aula la maestra auxiliar lo asiste cuidadosamente para que no se disperse. Relatan también preocupaciones en cuanto a la relación con sus compañeros.

La mamá oscila entre el enojo hacia la escuela, el reclamo, la urgencia, la angustia porque su hijo “no aprende”, la apuesta a que va a poder ponerse “a tono”; y también, posibilidades para hipotetizar lo que pueda estar sintiendo su hijo: “está muerto de miedo”- dice. Cuenta que se pone muy mal cuando le cambian algún horario. Dice no saber cómo ayudarlo y pide ejercicios “constructivistas” para ayudarlo a que “arranque”. Opina que él aún no registró que la escuela “es para aprender”.

En este entramado me presentaron a Santi. Me encontré con un niño agradable, bien predisposto pero escudado tras su gran gorra y poniendo la nuca al momento de recibir un beso como saludo.

Santi enuncia querer venir, pero se niega a entrar en tarea. Él no muestra el material del colegio que trae en su mochila y se resiste a distintas propuestas de juego, de compartir un cuento, de escribir bajo alguna excusa. Al mismo tiempo, algo va permitiendo, algo va dejando ver... algo va cediendo; al mismo tiempo que voy cediendo en el encuadre “escolar” del espacio. Para poder armar un vínculo me veo llamada a hacer vacilar el formato esperado para una maestra de apoyo. Resulta necesario armar otro lugar, vacío, diverso a la demanda escolar de que “Santi pueda llegar a fin de año más cercano al resto de sus compañeros”. En esta demanda, la escuela se está posicionando en un lugar de saber absoluto sobre un sujeto. Es ante esta posición que hay que armar ese lugar vacío, invitando también a la escuela. Lugar vacío que permita abrir una pregunta sobre ese niño, donde él pueda poner en juego su deseo y su saber.

Si la escuela sabe, si los profesionales sabemos, si tenemos las respuestas. ¿Desde dónde armamos un vínculo a partir del cual pueda darse ese movimiento que lo va a invitar a ocupar ese lugar vacío para él, que lo aloja, que lo espera?

Mientras nos vamos conociendo, me cuenta que tiene un amigo que se llama Cali, Calixto. Nombre poco usual, me hace recordar a un Cali que conocí hace pocos años en un jardín. Le relato esto, y vamos conversando hasta descubrir que ¡Es el mismo niño! Santi disfruta, y me pregunta una y otra vez acerca de su amigo, con cierta desconfianza. Así transcurren dos encuentros, contándome de su amigo Cali, no contándome de su pasar en el colegio, jugando a las cartas, haciendo registros de puntaje y negándose a todo aquello que lo lleve un poco más allá de lo que él mismo propone.

Santi manifiesta no acordarse de lo que hizo en el cole o el fin de semana; pero sí puede contar sus encuentros con Cali. Le doy lugar a esos relatos, acompañándolos con gran entusiasmo. De la mano de Cali es que Santi comienza a mostrarse más armado. Ya no viene con gorra, y es su bolso el que va al sillón, no él. Se lo ve entusiasmado. Sostiene la atención. Me va contando otras cosas. Se me ocurre decirle que también conozco otros nenes de su colegio, pero de otros grados que vienen a trabajar conmigo. Me mira interesado y empieza a preguntarme por ellos, y por otros chicos que él conoce. Lo veo que se esfuerza por reconocer a los chicos que le menciono... Y apareció la pregunta “¿A qué otros chicos conocés?” y se me ocurrió abrir la respuesta. Tomé de mi biblioteca una revista realizada por un grupo numeroso de primer grado donde aparecen escrituras de lo más diversas, y por sobre todo, muchos nombres de chicos. Ambos nos adentramos a mirar la revista, puntualmente, sus autores. Juntos fuimos leyendo y él asociaba con algún conocido, o simplemente decía “no conozco ninguno con ese nombre”.

Le conté que tenía unos cuentos de piratas escritos por estos nenes, si a él le interesaban los piratas, yo podía buscarlos para la próxima. “Buscalos”, “Te prometo que para la próxima”. En el siguiente encuentro, entró diciendo “¿Encontraste los cuentos de piratas?”... y ahí nos volvimos a sumergir. Su interés no pasó por los cuentos de piratas, sino por los nombres de los nenes que los escribieron, y de la mano de estos nombres, fuimos leyendo las palabras escritas en los dibujos, “¿dónde dirá RON?”, “¿con esta letra empezará BARCO?”, ¿qué dirá acá, al lado de este dibujito?”.... Santi sostuvo la atención, sonrió, miró, y fue pasando el rato... y preguntó al finalizar la hora “¿Acá no íbamos a

trabajar?”. “Uy, tenés razón... ¡pero qué despistada! Es que es tan interesante esto que estamos haciendo, ¡me súper divierte!”

Se me ocurre introducir a otro que nos haga de interlocutor. Invento que hablé con la maestra de estos nenes, diciéndole del interés que él tiene por esta producción... y así es que ella me mandó una copia para que él se lo pueda llevar si así lo desea. Me pregunta entusiasmado si puede llevarla a la escuela... este es el puente que pretendo construir.

No estoy ocupando el lugar de otro que le indique qué hacer, ni que sancione lo que no puede, lo que se espera de él. Estoy generando una atmósfera dentro de la cual él pueda ceder, alojarse. En este armado introduzco a la escuela como interlocutora y como lugar confiable, donde se lo escucha y se valora lo que él puede, tal como lo puede.

En este acontecer, surge el tema de un mapa pirata, y él comienza a pedir ver uno. Yo busco un mapa inexistente, y le propongo que lo construyamos nosotros. Me pide más material de piratas y lo hago esperar para buscar una enciclopedia interactiva. Le digo que es de mi sobrina, pero que me la prestó, y la vamos viendo. Aparece un sobre donde originariamente había ¡un mapa de piratas! Santi me pide imperativamente que vaya a buscar el mapa, que él me espera. Le explico que el mapa no está, que se lo debe haber quedado la dueña. Mientras conversamos, como en cada encuentro, toma la hoja que le ofrezco. Anteriormente había intentado completarla con trazos verdes, atinando alguna producción que nunca llega a ser. Esta vez anuncia ¡un barco pirata! Hace infinidad de puntitos y se dispone a unirlos, ¡Tarea imposible! Sobre el final, el sigue exigiendo el mapa “Buscalo”. Insisto con que lo tiene mi sobrina, que el viernes la voy a ver... pero que quizá me olvide de pedírselo. Sugiero entonces que escribamos juntos una notita para recordarlo. Y así es como Santi, produjo su primera escritura significativa en este espacio. Escribió “EL MAPA” en un papelito que juntos guardamos en el sobre de la enciclopedia.

“EL MAPA”, escritura en contexto, cargada de sentido, dedicada a otro, que introduce la posibilidad de una espera, de un corte en esta imposibilidad de vérselas con algo de la castración, con el no poder, con el no estar ajustado a los tiempos de sus pares.

Estas maniobras apuntan a operar de tal modo que Santi consienta a ceder algo del goce a favor del lazo. Posibilidad detenida, que se expresa cada vez que busca pasar desapercibido en el aula, o que pide ir al baño (ante las consignas), o que lo hace correr por

las escaleras hacia abajo o hacia arriba porque el tiempo terminó o empezó, dando cuenta de su imposibilidad de espera.

Establecemos con la escuela un diálogo para acompañarlo. Tanto la coordinadora como la docente se encuentran receptivas y acceden a buscar el modo para que, en el contexto escolar, haya un lugar para los piratas y un posible lugar para Santi.

Sin embargo, se vuelve a escuchar la obturación de sentido en el significante “desfasaje”. La desnaturalización de modos particulares de funcionamiento institucional nunca se da sin un tiempo, ni a partir de lo que ellos llamarían un único caso... Es una apuesta, es un proceso.

En este camino estamos... dudo que logremos “resolver ese desfasaje” demandado por la escuela y los padres. No es la brújula ni el puerto de llegada.

El eje de este espacio es dejarme sorprender por lo singular de este niño, correrme del saber didáctico, saber cerrado, absoluto, previsible, que predominaría en un apoyo escolar e ir poniendo en juego mi propia incompletud.

Al mismo tiempo seguir convocando la presencia de otros interlocutores, ficticios y reales. Sola no es posible, invito a la docente y a la auxiliar a entrar en este diálogo.

El intento es proponer una práctica que implique a varios para conmovier dulcemente ese armado singular.